

Agricultura  
Agroindustria  
Agroecología





Agricultura  
Agroindustria  
Agroecología

Bernard Duterme  
Laurent Delcourt  
François Polet

Editorial  **popular**

Los artículos originales incluidos en este libro fueron publicados por el CETRI-Centro Tricontinental en 2019, 2020 y 2021.

## **Editorial Popular, S.A., Madrid, 2022**

C/ Leo, 7- local 2. Madrid 28007

Tel.: 91 409 35 73

E-Mail: [popular@editorialpopular.com](mailto:popular@editorialpopular.com)

[www.editorialpopular.com](http://www.editorialpopular.com)

Diseño portada: Marcelo Spotti

Diseño de colección: Francisco Pino

I.S.B.N.: 978-84-7884-911-6

Depósito Legal: M-17087-2022

Imprime: Cooperación Editorial, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos-[www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

<b>Presentación .....</b>	<b>7</b>
Federico Velázquez de Castro González	
Capítulo 1	
<b>Políticas industriales en el Sur: ¿Bajo qué condiciones?.....</b>	<b>17</b>
François Polet	
Capítulo 2	
<b>Los nuevos territorios de la agroindustria .....</b>	<b>39</b>
Laurent Delcourt	
Capítulo 3	
<b>Los cinco dilemas de la crisis ecológica.....</b>	<b>69</b>
Bernard Duterme	
Capítulo 4	
<b>¿Qué sistemas alimentarios... en el futuro? .....</b>	<b>97</b>
Laurent Delcourt	



## Presentación

---

Nadie duda ya de la importancia y las consecuencias de la crisis ambiental. Más allá de un término coloquial, responde plenamente al significado de su contenido, ya que señala un momento de incertidumbre, preocupación..., aunque todavía ofrece a la humanidad una relación de posibilidades, desde la catástrofe a la esperanza. Mas, quizás convenga recordar los rasgos que caracterizan el actual momento de crisis, salto cualitativo, sin duda, en el recorrido de los impactos ambientales que acontecen en la segunda mitad del siglo XX.

El primero de ellos es la globalidad. Nunca antes se habían dado problemas de alcance global sin que, por cierto, los locales y regionales hayan desaparecido. La cuestión alimentaria es uno de los destacados, pero también el cambio climático, la problemática del ozono o la pérdida de biodiversidad, todos interconectados. Los problemas globales requieren nuevas estrategias, pues deben ser abordados por todos los países, puesto que sus consecuencias se dejan sentir en todos los rincones de la Tierra. A falta de una gobernanza mundial, las Cumbres internacionales reúnen altos representantes gubernamentales con mejor o peor suerte, según los intereses implicados en cada situación. La referente al cambio o emergencia climática muestra claramente

hasta qué punto no existe decisión, al permitir que los acuerdos no vinculen a los países que los contraen.

Preocupa también la exponencialidad, es decir, el ritmo al que los problemas avanzan, que desbordan netamente los crecimientos sostenidos. Duplicando la variable en tiempos cada vez más cortos, más que la naturaleza del impacto se encuentra el riesgo en los tiempos tan extremadamente pequeños en los que acontecen. La generación de los combustibles fósiles, la evolución de un suelo fértil, la formación de un clima..., áreas en las que la Tierra ha invertido cientos o miles de años, hoy se despachan en unidades o decenas. Y lo peor es que la propia mente humana no capta el alcance de los ritmos exponenciales, por lo que podemos quedar desprevenidos ante estas nuevas situaciones.

Por otro lado, el número de los problemas se multiplica abarcando lo físico, lo químico y lo biológico o, si se prefiere, el aire, el agua y el suelo. Todo aquello que nos protege, que constituye la matriz de la vida, se deteriora, colocándonos en el contexto de riesgo antes comentado. Con el agravante que, debido a la persistencia de los problemas, nos costará recuperar las condiciones iniciales. Algunos creerán que, puesto el remedio, si con fortuna se llegara a ellos, ya estaremos a salvo, pero existe una inercia en los sistemas que alteramos que no nos permitirán recuperar las circunstancias iniciales hasta pasado mucho tiempo.

Naturalmente, la crisis tiene responsables, no ha llegado por azar ni de forma imprevista, sino a través de un modelo económico codicioso, cuyo lema es el cre-



cimiento permanente, un sinsentido que ahora vamos descubriendo cuando choca con los límites del planeta. Creo en las responsabilidades diferenciadas, ya que el inicio procede del propio sistema y de todo su entramado económico y financiero. Su cobertura política lo constituye una plutocracia de diferentes élites, agrupadas en las llamadas G (G-7, G-20...), y se refuerza con alianzas militares que no dejan de crecer. El modelo que se instaure tras la recuperación económica de la última gran guerra, teniendo el consumo como eje, ha evolucionado desde la tienda de calle al centro comercial en un modelo que Lipovetsky denomina de *turboconsumo*. Aquí es donde entra la responsabilidad ciudadana.

El modelo de consumo y sus valores asociados (materialismo, inmediatez, uniformidad, distracciones de masas...) han sido acogidos de muy buen grado por los ciudadanos occidentales, con el que disfrutaban –en función del poder económico de cada capa de la población– y que les ha llevado a la pérdida de ideales, horizontes, utopías y toda propuesta derivada de la Modernidad para alumbrar propuestas colectivas. Por eso se habla del hombre actual como víctima y verdugo, ya que haciendo uso de su “libertad” –término tan acariciado hoy por los modelos neoliberales– no tiene reparo en organizar su movilidad, alimentación, ocio o consumo en función de lo aparentemente más satisfactorio. Así todos contribuimos al envenenamiento del planeta (y el afianzamiento del sistema) perdiendo la perspectiva histórica que ha caracterizado a nuestra especie.

Enseguida surgirán preguntas para interrogar sobre

el futuro, pues todos queremos saber por dónde evolucionaremos. Pero aquí tampoco existe la adivinación, por lo que lo que acontezca tendrá que estudiarse según los escenarios, es decir, según las variables implicadas en el proceso. Si aplicamos la ecuación de impacto, mediante la cual este es el resultado de multiplicar la población, el nivel de vida y la tecnología, el panorama es sombrío. Nos encontramos ante una población creciente, también exponencialmente, que hoy alcanza los 7.800 millones de personas y que puede superar los 9.000 millones para mediados de siglo. Una población legítimamente demandante de recursos y energía a la que habrá que alimentar con los mejores métodos disponibles. En cuanto al nivel de vida, parece que hay una elección clara por el escaparate y el negocio; y de las tecnologías, podríamos hablar de las renovables, pero es bien sabido que su intensidad energética es muy inferior a las fósiles que, por cierto, han alcanzado o están alcanzando su pico de producción, además de los esfuerzos vacilantes por descarbonizar y evitar que la temperatura supere 1,5 °C. ¿Cómo proceder?

Creo que el capitalismo no va a dejar fácilmente el control de la economía. Está ensayando diversos disfraces verdes, pero manteniendo su esencia, que es crecer, generando plusvalía y acumulando capital. Sin embargo, para que la ecuación de impacto anteriormente citada pueda resolverse favorablemente para la humanidad hay que actuar en todas las variables, especialmente en el crecimiento. Ciertamente, la población debe moderarse, y para ello la educación de la mujer juega

un papel esencial; y que las energías renovables deben perfeccionarse, aunque la clave está en abandonar el desarrollo insostenible y recuperar los límites que Herman Daly y otros expertos del Club de Roma tan bien definieran años atrás. Hoy se habla de la economía del estado estacionario o, directamente, del decrecimiento, término que, por razones obvias, no es muy bien aceptado. Pero no quedará otra opción si queremos salir adelante, y en ello la sociedad civil está llamada a jugar un papel primordial.

La alimentación no es ajena a estas incertidumbres, pues cada vez más ha ido cayendo en la órbita del negocio. Quizás el ejemplo más revelador lo representen los cultivos transgénicos, ampliamente difundidos en América, desde Canadá a Argentina, y en los que media docena de grandes compañías controlan las semillas y el resto de insumos agrícolas. Este tipo de cultivo uniformador, y de cuyas consecuencias ambientales no vamos a tratar en este momento, supone la destrucción de miles de variedades locales, ese gran patrimonio natural y cultural gracias al cual la humanidad ha subsistido. Definitivamente, es un riesgo que la alimentación mundial esté en manos de un puñado de compañías transnacionales, obligando anualmente a los agricultores a la compra de sus propias semillas. Tecnologías innecesarias que no han podido terminar con el hambre en el mundo, una de sus promesas estrella.

Idéntico razonamiento habría que extender a los grandes cultivos intensivos, que desplazan la biodiversidad natural y cultivada. Los grandes inversores,

cuyos intereses distan mucho de los de los pueblos, en especial los más empobrecidos, los someten a nuevas formas de colonialismo por cuanto les imponen monocultivos, arrasando selvas y bosques naturales. Pero el monocultivo supone una amenaza por cuanto hace a los países más vulnerables: unas situaciones climáticas adversas, una plaga, un derrumbe de precios u otras veleidades del mercado puede hundirlos severamente. Esto ha ocurrido desde Haití hasta Irlanda, sin que parezca que hayamos aprendido nada al respecto. Si, como suele suceder, además llevan aparejados altos gastos de fertilizantes y otros agroquímicos, hipotecamos las economías locales, además de envenenar el suelo y el medio en general.

En el contexto de decrecimiento antes comentado, hoy es el momento de lo cercano y lo pequeño. Naturalmente, no vamos a retroceder en el tiempo, antes al contrario, habrá que incorporar técnicas modernas en relación a los abonos o al control biológico de plagas en lo que F. Schumacher llamaba la *tecnología intermedia*: saberes tradicionales sin renunciar a los avances que los mejoren.

La agricultura ecológica es el eje a cuyo alrededor deben incluirse los productos autóctonos, de temporada, de proximidad. Cultivos bien adaptados, que no precisen excesivos recursos de agua o energía –ahí tenemos el aguacate como ejemplo despilfarrador– paralelos a una nueva sensibilidad de los consumidores que no demanden productos exóticos ni fuercen a la tierra a producir melones en invierno. La tierra debe ser trata-

da con respeto y no con el desprecio de quien persigue forzarla a dar el máximo rendimiento en poco tiempo, lo que finalmente terminará agotándola. Los barbechos, la rotación de cultivos..., se encuentran en las culturas y religiones más antiguas, conscientes del valor del suelo, un recurso vivo que el capitalismo explota, igual que todos los demás, para extraer en el corto plazo un máximo beneficio.

En cuanto al consumidor, se ha comparado el carro de la compra con el carro de combate, por cuanto que con nuestras decisiones podemos influir en la evolución de la oferta, rechazando una amplia gama de productos nutritivamente nefastos (bollería industrial, refrescos, comida rápida...), con los que el sistema, a través de ofertas engañosas pretende ganarse a las capas más humildes de la población, precisamente aquellas que más están sufriendo la obesidad y el sobrepeso.

Y en este modo de contemplar el medio, la soberanía alimentaria alcanza todo su valor. Los pueblos deben ser dueños de sus destinos, de sus recursos y, qué hay más básico entre estos, que la alimentación. No debe quedar en manos ajenas ni en intereses extraños, y aquí los pueblos están llamados a jugar un importante papel. Recuperar su soberanía es hacerse dueños de su futuro, lo que no es sino llevar a la práctica los párrafos iniciales de las Cartas de las Naciones Unidas: *Nosotros los pueblos...*

Y razonamientos similares podríamos hacer de otros sectores económicos. Ahí está la ganadería, con sus más de 20.000 millones de cabezas, muchas de ellas

en granjas intensivas donde los animales son reducidos a máquinas y donde la contaminación generada por miles de individuos alcanza proporciones desmesuradas. Si a ello le añadimos que gran parte de las mejores tierras del planeta se destinan al cultivo de soja y maíz para piensos, veremos el sinsentido, una vez más, del modelo agrícola-ganadero que se pretende imponer. De nuevo, los ciudadanos pueden jugar un importante papel reduciendo su consumo de carne, además de por consideraciones ambientales, de bienestar animal o de justicia social, por su propia salud, cuando en muchos países, como España, se ingiere el doble de lo que recomienda la Organización Mundial de la Salud.

Asimismo, los modelos industriales deben sufrir un profundo cambio para que la industria pesada deje paso a áreas más dinámicas en relación con el *software*, la recuperación de metales esenciales o las energías renovables. Como se aprecia, hay salida a la crisis en sus diferentes aspectos siempre que exista voluntad política para ello. Se han dado precedentes, ahí tenemos el Protocolo de Montreal para la protección de la capa de ozono, ejemplarmente abordado por todos los actores implicados, que condujo a la supresión de unos productos que se aplicaban, nada menos, que en más de 3.000 usos.

De la misma forma, la realidad se encargará de ir mostrando las contradicciones del sistema para que con inteligencia tomemos las mejores alternativas. Eso supone gobiernos lúcidos y ciudadanos sensibilizados. El desafío del decrecimiento es fuerte, pero al final no

van a quedar otras alternativas. Cuanto antes comencemos a prepararnos, menos traumática será la transición. Como antes se apuntaba, los escenarios post-crisis están abiertos y aún estamos a tiempo de elegir, aunque no nos quede mucho.

*Federico Velázquez de Castro González*  
Granada, mayo de 2022